

Grace, una dama de barrio

Conocí a Grace Paley leyendo los Cuentos Completos que publicó la editorial Anagrama y recuerdo haberme quedado atrapada desde las primeras páginas por una prosa y una manera de contar que yo jamás le había leído a nadie. Años después la saboreé en inglés porque aunque fuera despacio y con torpeza, sin entender a la primera los giros de una escritora que tanta importancia concedía al habla de la calle, quería saber cómo era Grace Paley en sus propias palabras. No me extraña que un escritor como Philip Roth reparara ya en aquella primera antología, *The Little Disturbances of a Man*, que se publicó en el año 59 y la describiera en una reseña como “una escritora que entiende la soledad, el deseo, el egoísmo, espléndidamente cómica y de ninguna manera una dama. Tiene sentimientos profundos, una imaginación salvaje y un toque de dureza”. Aunque entiendo lo que quería decir Roth con ese “de ninguna manera una dama”, yo situaría a Paley con toda justicia en el Olimpo de las grandes damas

de la literatura. Roth se refería sin duda al conocimiento asombroso que la escritora poseía de la vida de los barrios y a cómo había sabido transformarlo en un lenguaje áspero, auténtico, callejero, brutal a veces, siempre desprejuiciado y sin ánimo de juzgar a uno solo de los personajes que pasean por sus páginas. Hay algo en la literatura de Paley que la distingue por encima de muchos otros tan grandes como ella: el desparpajo. Solía afirmar nuestra dama que los escritores que se habían criado entre dos lenguas, por ser sus padres inmigrantes, poseían un dominio diferente de la sintaxis, consecuencia de incorporar la manera de hablar de sus mayores al idioma del país en el que se habían educado. Tal vez por eso alguien dijo aquello de, “¡al fin una escritora rusa que escribe en inglés!”, comentario que halagaba a la cuentista, dado que desde muy pronto bebió de la literatura nada retórica de Anton Chéjov, y estoy segura de que sentía cercanía a la manera en que el maestro ruso asumió un compromiso con el mundo que le rodeaba y a la forma en absoluto didáctica con que lo reflejó en su obra. Los personajes de Paley hablan y se defienden por sí mismos:

“Un libro o un cuento deberían ser siempre más inteligentes que su autor. El que se pone por encima de los personajes, con el poder que le otorga el conocimiento previo de los mecanismos de la historia, es el crítico o el profesor que hay en ti o en mí. Mantente abierto e ignorante”.

Este tipo de consejos son los que Paley daba a sus alumnos en los talleres de literatura que impartió en

las universidades de Nueva York. Algunos de esos apuntes los tenemos aquí, en este original (nunca un adjetivo fue más apropiado) libro de ensayos en donde la literatura y la política, la vida íntima y el compromiso público, el activismo y el amor de madre se mezclan como pocas veces habrá tenido el lector oportunidad de admirar. Aseguraba la escritora que enseñar a escribir no es un esfuerzo banal: dado que las matemáticas no se imparten para convertir a los niños en grandes matemáticos, tampoco hay que pensar que todos los alumnos que salgan de un master de escritura tienen que aspiran a ser novelistas ilustres. De hecho, la vida literaria de Grace Paley es casi fruto de una casualidad: una gripe la obligó a estar alejada de sus hijos quince días en los que se dedicó en exclusiva a escribir, y la fortuna de que el padre de unos amigos de sus niños dirigiera la editorial Doubleday y se prestara a escuchar sus tres primeros cuentos. A escuchar, digo bien, porque Paley se los leyó en la cocina de su casa. Impresionado, el editor le dijo, escribe unos cuantos más y publicaremos un libro. Ese fue el principio.

Antes había publicado algunos poemas que firmaba como G.G. Paley, en un intento, como hacían otras mujeres, de no desvelar un género que podía jugar en su contra. Siempre fue poeta, siempre fue escritora, pero el azar jugó a su favor para que llegara a publicar un libro. Solía decir que la escritura la ayudó a sumergirse en los asuntos de los otros, a explorar las vidas de esas madres solteras, esos hombres rudos, esos niños que jugaban en los parques y esas mujeres que gritaban por las ventanas que alimentaban dialogando o monologando la vida de los barrios y a los que ella ponía oído. Continuó escuchando

la voz de la calle siempre, hasta el punto de traducirlo en cuentos unas veces o en puro activismo otras.

La vida de Paley, a la que todo el mundo llamaba Grace, estuvo afectada desde el nacimiento por todos los acontecimientos históricos que marcaron el siglo XX. Su conciencia política era heredada, venía de unos padres judíos socialistas que huyeron de Rusia expulsados por el zar a principios de siglo pero mantuvieron intactos sus principios en el país de acogida. La niña escuchaba las encendidas discusiones políticas que tenían lugar a la hora de la cena en una familia enriquecida por tías, tíos y abuela, y tal vez como consecuencia de esa educación política precoz la joven Grace acudió pronto a sumarse a la organización de jóvenes socialistas de su barrio. Estos ensayos dan cuenta de su vida y de sus ideales: la niña tardía de unos padres maduros (habían tenido dos hijos quince años antes) que se cría entre adultos que discuten, profetizan y traen a la conversación familiar lo que está fracturando el mundo en ese momento, el fascismo y la guerra civil española.

Del activismo de Grace tuve noticia por mi amiga, la documentalista Julia Newman, miembro de Alba (Abraham Lincoln Brigade Archives), que me contó haber llamado a Paley en 2004 para pedirle que impartiera la conferencia honorífica anual. Al otro lado del teléfono estaba su voz de anciana y el acento intacto del Bronx. Sorprendentemente, se trataba de la primera vez que una mujer obtenía este reconocimiento por parte de la asociación dedicada a la memoria de los americanos que lucharon en la guerra de España. Fue entonces, recuerdo, cuando Newman me dijo que la escritora había destacado, por encima de todo en las últimas décadas, por organizar

y liderar movimientos sociales, pasando su actividad literaria a un segundo plano. Las causas a las que Grace dedicó sus desvelos están contenidas en el activismo pacifista y el movimiento feminista. Se definía como una pacifista provocativa y una anarquista cooperativa. Tampoco hay que dejar atrás el compromiso vecinal que asumió cuando en los años 50 el director de obras públicas del ayuntamiento de Nueva York, Robert Moses, dio a conocer el proyecto de desgarrar Washington Square para que la plaza fuera recorrida de norte a sur por una autopista y a cada lado de la vía se especulara con el terreno a nivel inmobiliario. De todas esas protestas dejó cuenta la activista Jane Jacobs, en su libro "The Death and Live of American Great Cities". Vecina del Village, Jacobs y otras mujeres, principalmente madres que llevaban a sus niños a jugar a esa plaza, manifestaron con terquedad su resistencia al proyecto, consiguiendo aunar fuerzas entre los vecinos y echando felizmente para atrás los demolidores planes de Moses. Paley estaba entre esas madres. Nos cuenta cómo en esta emblemática plaza estaba prohibida la música hasta que ellas llenaron el aire de canciones y bullicio. Hoy, ni el habitante ni el turista que cruza Washington Square puede imaginar que ese lugar de encuentro de la ciudad, donde acuden músicos, actores, niños, madres, manifestantes de toda índole y estudiantes de NYU pudiera estar hoy ocupado por el tráfico rodado. El movimiento por la defensa de un urbanismo que facilitara la vida vecinal fue contagioso. La ciudad de Nueva York no fue la misma desde entonces. Las madres luchadoras fueron muy conscientes de que su ejemplo cundió en otros barrios y sacó de sus casas a ese tipo de ciudadano pasivo

que piensa que su intervención no logrará cambiar el curso de la historia.

Grace creía firmemente en el compromiso cívico. Relata en estas páginas cómo fueron los seis días que pasó en la cárcel por manifestarse contra la guerra del Vietnam. Es un texto entre emotivo y cómico, ese difícil equilibrio que ella domina a la perfección. La imaginamos pequeña y curiosa, sonriente siempre, atendiendo a lo que le contaban las prostitutas negras con las que compartió celda, y al mismo tiempo asomándose a la ventana al oír que alguien gritaba su nombre desde la calle, porque la cárcel estaba, irónicamente, en su mismo barrio. Tenía la capacidad de sacar provecho de cualquier experiencia y contarla sin rastro de resentimiento. Estar en la cárcel, contaba, le sirvió para conocer a unas mujeres con las que de otra manera no habría podido charlar de manera tan íntima, aunque también sintió un pequeño desgarró al comprobar que su estancia en prisión había dejado a su hijo pequeño sin el campamento de verano.

Madre y activista están siempre unidas. Su vocación maternal no es exclusivista, Grace piensa en las criaturas que se quedan desamparadas en Vietnam, escribe sobre ellas, viaja hasta allí para comprobar cómo su país es capaz de dejar un rastro de criaturas huérfanas y de madres sin hijos. En estas páginas hace un recuento de esa actividad vertiginosa alimentada por el carácter terco necesario para mantener una resistencia pacífica. Dice Paley que no entiende la desobediencia civil como un acto agresivo sino como la manifestación de aquello para lo que no se debe pedir permiso, por la sencilla razón de que es justo. Es justo, por ejemplo, colarse en la escuela de tus hijos, junto

a otras madres, para mejorar la enseñanza de la lectura y la escritura en la que algunos niños están quedándose atrás; es justo sentarse a las puertas de la Casa Blanca para exigir que se termine la vergonzosa guerra del Vietnam; es justo cortar la calle en Wall Street, allí donde se activa el capital y se obtienen beneficios de la venta de armamento.

El mundo de Paley es fundamentalmente el neoyorquino. Su breve viaje a Vietnam la reafirmará en lo que ya sabía, que la guerra es devastadora y marca a varias generaciones, y que son los hombres, algunos hombres, los que fundamentalmente activan su maquinaria, mientras que las mujeres y los niños la sufren. En los últimos años de su vida, se retiró a una casita de campo en Vermont, pero a pesar de haber elegido un estado en esencia progresista, Grace echaba de menos la diversidad urbana, ir a manifestarse a Union Square, pasear con alegría una pancarta, lucir su pelo blanco alborotado y su cuerpo pequeño y fuerte marchando con gran determinación junto a los jóvenes manifestantes. Algunos de los textos que se publican en este volumen los he escuchado de sus propios labios. Son grabaciones de no mucha calidad de sus lecturas en universidades pero merece la pena perder un rato en escuchar su voz expresiva y rasposa, su áspero acento nunca perdido del Bronx y esa ironía con la que trufaba todos sus textos y que encandilaba a activistas de todas las edades que encontraban en ella un símbolo.

Fue la mujer neoyorquina por excelencia: dura, tenaz, resistente. Pero había algo que le otorgaba un toque de distinción y que, con permiso del adusto Philip Roth, me llevan a distinguirla como dama de las letras, dama del activismo: fuera cual fuera la batalla en la que Paley

anduviera se mostraba siempre como una persona alegre, bienintencionada, humana siempre antes que ideológica. Tenemos imágenes de la escritora siendo arrastrada por los brazos hasta el camión de la policía, pero también la vemos charlando con ellos, porque en algún momento, como observará el lector, encontraron su manera de estar de acuerdo.

Los editores le pidieron insistentemente que escribiera una novela, pero ella se declaraba sin pudor alguno perezosa y aseguraba tener un sentido del tiempo diferente al de las exigencias editoriales: “es que el arte es largo y la vida es corta”. La novela jamás llegó, pero ella sintió su vida plena dedicándose sin asomo de fatiga a la mejora de su entorno y del mundo. “Responsability” es tal vez el poema en el que explica, con la cadencia de un salmo, la estrecha conexión que mantenía entre lo público y lo personal. Por eso tiene todo el sentido que ella lo incluyera en este libro en el que da cuenta de los principios que marcaron sus vida. Todo es política. Ser madre la llevó a comprender las necesidades de otras mujeres; ser madre le hizo defender la soberana decisión de otras mujeres de no querer serlo y de interrumpir libremente un embarazo; ser madre le hizo sentir con más hondura el drama de la guerra y la orfandad. El amor por la maternidad la llevó a tomar un niño negro en su regazo en el autobús, para aliviarle el peso a la pobre madre que estaba de pie: era en aquellos años en que aún no se permitía a los negros ocupar los asientos de los blancos. Ser abuela de un nieto negro la llevó a recordar aquel episodio. Todo está conectado en su vida, no hay traumas

ni separaciones entre su intimidad doméstica y sus protestas callejeras.

It is the responsibility of society to let the poet be a
Poet

It is the responsibility of the poet to be a woman

It is the responsibility of the poet to stand on Street
Corners

Giving out poems and beautifully written leaflets

Also leaflets you can hardly bear to look at

Because of the screaming rhetoric

It is the responsibility of the poet to be lazy

To hang out and prophesy

It is the responsibility of the poet no to pay war taxes

Grace Paley acudía a las universidades y leía a los estudiantes este poema. Ellos la adoraban, porque es adoración lo que finalmente una siente por esta mujer que parece sostener el ánimo de todos aquellos que de vez en cuando perdemos la esperanza. Es como una gran madre a la que arrimarse para sentirse protegido y no perder el buen ánimo. Y es, además, una escritora que no se parece a nadie. No hay ni habrá otra Grace Paley. La mejor escritora rusa en inglés, la voz de las calles judías del Bronx, la transmisora de las voces de sus antepasados y de las mujeres de su barrio, la habitante del West Village, una de las salvadoras de Washington Square, la madre que junto a otras madres escribió al Pentágono para pedir el cese de la escalada nuclear, la cronista que viajó a Vietnam, la optimista Grace. La feminista que amaba a los hombres,

como ella misma se definió, y que escribió párrafos tan brillantes como este:

“Las mujeres escriben diferente a los hombres. Tenemos mucha conversación doméstica o personal. Las mujeres se sienten cómodas hablando de lo personal, a diferencia de los hombres. Se cuentan más cosas, y tienen muchos problemas en común. Algo interesante es que las mujeres han comprado libros escritos por hombres desde siempre, y se dieron cuenta de que no eran acerca de ellas. Pero continuaron haciéndolo con gran interés porque era como leer acerca de un país extranjero. Los hombres nunca han devuelto la cortesía”.

Gracias a la escritura de Grace Paley conocemos mejor a los seres humanos, su incesante interacción, la que los destruye y la que los salva. Murió en 2007, peleando contra la invasión de Irak. Fue una vida intensa, tanta como la de los tres personajes cuyas autobiografías recomendaba leer a sus alumnos, no en una clase de historia sino de literatura:

Emma Goldman
Malcolm X
Piotr Kropotkin

Pues bien, no estaría de más que en un futuro leyéramos la biografía de esta dama del Bronx. En este intenso libro encontrarán los lectores unos textos que no han perdido en absoluto su actualidad, al contrario, el devenir de los tiempos les ha otorgado aún más sentido. Se leen como

si estuvieran escritos ayer mismo. Ojalá que se acerquen a ellos hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Los jóvenes apreciarán la vida de una anciana que murió en plena juventud; los viejos harán recuento de su propia peripecia; las mujeres se identificarán con esta suma de tareas que va de lo íntimo a lo público, y los hombres, aquellos que tengan “la cortesía” que ella echó en falta de acercarse a esta peripecia vital tan combativa como femenina, tal vez abran la puerta a un universo inexplorado, a ese país extranjero al que las lectoras nos asomamos con frecuencia cuando leemos un libro escrito por ellos.

Me quedo con estas palabras que pronunció llegando al final de su vida y que me llenan de paz y esperanza:

“La idea de que me iré de un mundo que está cada vez peor no me gusta, porque siempre pensé que era mi deber dejar al mundo mejor de cómo lo había encontrado. Pero si se tiene el hábito de ver cada día como una jornada completa, envejecer es interesante. Todos los días se conoce una persona nueva, una puesta de sol nueva. Todos los días pasan cosas hermosas”.

Elvira Lindo